

LO PESADO Y LO LIGERO.

Roger Bernat. EL MUNDO, 29-04-2005.

25 gramos era la cantidad de hachís que compraba. Iba hasta el barrio más oscuro de la ciudad y allí, en el bar de la esquina, pedía por Ramón. Me decían ahora viene o pasa dentro de un rato o acaba de irse. Yo siempre esperaba. Lo veía llegar con un papel de periódico en la mano y decenas de personas se arremolinaban a su alrededor. Pasaba posturas de 500 o 1000 pesetas (1 o 2 gramos). En apenas un par de minutos la bandeja de papel quedaba vacía. Entonces entraba al bar y nos saludábamos. Él me preguntaba cuánto quería y yo siempre pedía 25 gramos. No eran sólo para mí. Yo era el que iba a comprar porque tenía una pequeña moto. Entonces salíamos del bar, me enseñaba la pieza (recuerdo que 25 gramos tenían el tamaño de un encendedor Zippo) y le pagaba las 8000 pesetas. El precio nunca variaba.

Cuando tengo un pedazo de hachís en la mano me parece que pesa y, sin embargo, al levantar una barra de pan de cuarto de kilo me parece muy ligera. De lo que se trata es de saber distinguir entre lo pesado y lo ligero. Cuando voy a ver un espectáculo, cuando leo una novela, cuando estoy en una exposición tiendo a hacer esta distinción. Pero es muy difícil calibrar el verdadero peso de lo que estamos viendo.

Asocio lo ligero a la felicidad, al progreso y a las nuevas tecnologías pero también a la risa bobalicona, a las películas precocinadas y a las canciones con sabor a frambuesa. Entonces me pongo a pensar qué hace que en la vida me interesen las cosas ligeras y, en cambio, en lo que veo y leo sólo me interese lo pesado. Lo pesado es el dolor, lo que ocurre muy lentamente o, como se suele decir, el peso de la tradición. No importa que esa novela tenga 1200 páginas o apenas 20, lo que busco es que pese en algún lugar de mi alma. Como si de vivir en un lugar tan ligero como Occidente lo que necesitara es que alguien pusiera peso sobre mis espaldas y me permitiera volver a sentir el suelo bajo los pies. Se camina mejor sintiendo el suelo bajo los pies.

¿No tienes la sensación de que, de un tiempo a esta parte, todo se ha hecho más ligero? ¿No tienes la sensación de que nos pasamos la vida luchando contra la incertidumbre y luego nos aburrirnos mortalmente? ¿No te parecen sospechosos esos carteles que florecen en las ciudades anunciando terapias orientales para hacer de nuestras vidas experiencias muy livianas? ¿No te parece un poco ridículo preguntarse por qué el amor es tan complicado? Una amiga me escribió: ¿Por qué esa obsesión por la vida fácil?

Entonces salgo a la calle a buscar el peso que me permita no salir volando. Lo encuentro en El juguete rabioso de Roberto Arlt, en un espectáculo de un compañía italiana que se llama Kinkaleri, en la exposición de Robert Frank que hay en el Macba, en los dibujitos que Juanjo Sáez saca aquí y allá, en los poemas de Pizarnik... Ando sediento de peso como si de mí dependiera que la tierra no pierda su trayectoria, como si de todos los autores que "dan peso" dependiera que la tierra no se pusiera a vagar por el frío espacio sideral como una nave a la deriva.

En una de esas conversaciones absurdas que uno tiene a las seis de la mañana, le pregunté a un yonqui cuál era el momento de más placer. Yo pensaba que era el de ver el émbolo de la jeringuilla acercándose a la vena. El yonqui se me quedó mirando como diciendo no te enteras de nada -de hecho tenía bastante razón- y me dijo: el mejor momento es cuando acabas de conseguir la dosis y, de vuelta a casa, acaricias la bolita de plástico en el bolsillo del pantalón. Eso es lo que todos andamos buscando, ¿no?: cosas pequeñas que pesen mucho.